

CAPÍTULO 3: «PÍDEME, Y TE DARÉ»

DIOS quiere que yo ore, que sea mucho en oración, porque todo éxito en el trabajo espiritual depende de la oración.

Un predicador que ora poco puede ver algunos resultados de sus labores, pero si lo hace, será porque alguien, en algún lugar, está orando por él. El «fruto» es del que ora, no del predicador. Cuán sorprendidos estaremos algunos de nosotros los predicadores un día, cuando el Señor «recompense a cada hombre según sus obras». «¡Señor! ¡Esos fueron mis conversos! Fui yo quien dirigió esa misión en la que tantos fueron traídos al redil.» Ah, sí: yo hice la predicación, la súplica, la persuasión; pero, ¿fui «yo» quien hizo la oración?

Cada converso es el resultado de la súplica del Espíritu Santo en respuesta a las oraciones de algún creyente.

Oh Dios, concede que tal sorpresa no sea nuestra. ¡Oh Señor, enséñanos a orar!

Hemos tenido una visión de un Dios que suplica llamando a la oración a Sus hijos. ¿Cómo estoy tratando esa llamada? ¿Puedo decir, con San Pablo: *"No he sido desobediente a la visión celestial"*? Repetimos nuevamente: si hay algún pesar en el cielo, el mayor será que pasamos tan poco tiempo en intercesión real mientras estuvimos en la tierra.

¡Pensemos en el amplio alcance de la oración! «Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra» (Salmo 2:8). Sin embargo, muchas personas no se toman la molestia de llevar siquiera los pequeños detalles de sus propias vidas a Dios en oración, ¡y nueve de cada diez cristianos nunca piensan en orar por los paganos!

A uno le asombra la falta de disposición de los cristianos para orar. Quizás sea porque nunca han experimentado, ni siquiera oído hablar, de respuestas convincentes a la oración.

En este capítulo nos proponemos hacer lo "imposible". ¿Qué es eso? Anhelamos llevar al corazón y a la conciencia de cada lector el poder de la

oración. Nos atrevemos a describir esto como "imposible". Porque si los hombres no creen, ni obran conforme a las promesas y mandamientos de nuestro Señor, ¿cómo podemos esperar que se dejen persuadir por meras exhortaciones humanas?

¿Pero recuerdan que nuestro Señor, al hablar a Sus discípulos, les pidió que creyeran que Él estaba en el Padre y el Padre en Él? Luego añadió: «Si no podéis creer Mi palabra desnuda acerca de esto, creedme por las mismas obras» (Juan 14:11). Fue como si dijera: "Si Mi Persona, Mi vida santificada y Mis maravillosas palabras no despiertan fe en Mí, entonces mirad Mis obras: ¿no son suficientes para obligar a creer? Creedme por causa de lo que hago."

Luego continuó prometiendo que si ellos creyeran, harían obras mayores que estas. Fue después de esta declaración que dio la primera de esas seis maravillosas promesas con respecto a la oración. La inferencia seguramente es que esas "obras mayores" han de hacerse solo como resultado de la oración.

¿Puede entonces el discípulo seguir el método del Maestro? Colaborador, si no logras comprender, si no logras confiar en las asombrosas promesas de nuestro Señor respecto a la oración, ¿no las creerás *"por las mismas obras"*? Es decir, por causa de esas "obras mayores" que hombres y mujeres están realizando hoy — o, más bien, las obras que el Señor Jesús está haciendo, a través de su cooperación en oración?

¿Qué estamos "buscando"? ¿Cuál es nuestro verdadero objetivo en la vida? Seguramente deseamos sobre todo ser abundantemente fructíferos en el servicio del Maestro. No buscamos posición, ni prominencia, ni poder. Pero sí anhelamos ser siervos fructíferos. Entonces debemos ser mucho en oración. Dios puede hacer más a través de nuestras oraciones que a través de nuestra predicación. A. J. Gordon dijo una vez: *"Puedes hacer más que orar, después de haber orado, pero nunca puedes hacer más que orar hasta que hayas orado."* ¡Si tan solo creyéramos esto!

Una dama en la India estaba abatida por el fracaso de su vida y su obra. Era una misionera consagrada, pero de alguna manera las conversiones nunca resultaban de su ministerio.

El Espíritu Santo parecía decirle: "Ora más". Pero ella resistió los impulsos del Espíritu por algún tiempo. "Finalmente", dijo ella, "aparté gran parte de mi tiempo para la oración. Lo hice con temor y temblor, no sea que mis colegas se quejaran de que estaba evadiendo mi trabajo. Después de unas semanas comencé a ver hombres y mujeres aceptando a Cristo como su Salvador. Además, todo el distrito pronto fue despertado, y la obra de todos los demás misioneros fue bendecida como nunca antes. Dios hizo más en seis meses de lo que yo había logrado en seis años. Y", añadió, "nadie me acusó jamás de evadir mi deber." Otra misionera en la India sintió el mismo llamado a orar. Comenzó a dedicar mucho tiempo a la oración. No vino oposición de afuera, pero sí vino de adentro. Pero ella persistió, y en dos años los conversos bautizados aumentaron seis veces!

Dios prometió que derramaría *"el Espíritu de gracia y de súplica sobre toda carne"* (Joel 2:28). ¿Cuánto de ese Espíritu de "súplica" es nuestro? Seguramente debemos obtener ese Espíritu a toda costa. Sin embargo, si no estamos dispuestos a pasar tiempo en "súplica", Dios debe por fuerza retener Su Espíritu, y llegamos a contarnos entre aquellos que están *"resistiendo al Espíritu"* y posiblemente *"apagando"* al Espíritu. ¿No ha prometido nuestro Señor el Espíritu Santo a los que le piden? (Lucas 11:13).

¿No nos están avergonzando los mismos conversos del paganismo?

Hace unos años, cuando estuve en la India, tuve el gran gozo de ver algo de la obra de Pandita Ramabai. Ella tenía un internado de 1,500 niñas hindúes. Un día, algunas de estas niñas vinieron con sus Biblias y preguntaron a una misionera qué significaba San Lucas 12:49 — «Fuego vine a echar sobre la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido?» La misionera trató de evadirlas con una respuesta evasiva, no estando muy segura ella misma de lo que significaban aquellas palabras. Pero ellas no quedaron satisfechas, así que decidieron orar por este fuego. Y mientras oraban — y porque oraban — el mismísimo fuego del cielo vino

a sus almas. Un verdadero Pentecostés desde lo alto les fue concedido. ¡No es de extrañar que continuaran orando!

Un grupo de estas niñas sobre quienes Dios había derramado el "*Espíritu de súplica*" llegó a una casa misional donde pasé algunas semanas. "¿Podemos quedarnos aquí en su pueblo y orar por su obra?", preguntaron. El misionero no acogió la idea con gran entusiasmo. Sintió que ellas debían estar en la escuela, y no "vagando" por el país. Pero ellas solo pidieron un salón o un granero donde pudieran orar; y todos valoramos las oraciones en nuestro favor. Así que su petición fue concedida, y el buen hombre se sentó a su cena, reflexionando. Mientras la noche avanzaba, un pastor nativo llegó. Se quebrantó por completo. Explicó, con lágrimas corriendo por su rostro, que el Espíritu Santo de Dios lo había convencido de pecado, y que se sentía compelido a venir y confesar abiertamente su maldad. Fue rápidamente seguido por uno tras otro de los cristianos, todos bajo profunda convicción de pecado.

Hubo un tiempo notable de bendición. Los descarriados fueron restaurados, los creyentes fueron santificados, y los paganos fueron traídos al redil — todo porque unas pocas niñas estaban orando.

Dios no hace acepción de personas. Si alguien está dispuesto a cumplir Sus condiciones, Él por Su parte cumplirá seguramente Sus promesas. ¿No arde nuestro corazón dentro de nosotros al oír del maravilloso poder de Dios? Y ese poder es nuestro para pedirlo. Sé que hay "condiciones". Pero usted y yo podemos cumplirlas todas por medio de Cristo. Y aquellos de nosotros que no podemos tener el privilegio de servir a Dios en la India o en cualquier otra misión en el extranjero, podemos aún tomar nuestra parte en hacer descender una bendición semejante. Cuando el Avivamiento en Gales estaba en su apogeo, un misionero galés escribió a su casa suplicando al pueblo que orara para que la India fuera movida de manera semejante. Así que los mineros del carbón se reunían diariamente en la boca del pozo media hora antes del amanecer para orar por su compañero en ultramar. En pocas semanas, el mensaje bienvenido fue enviado a casa: "La bendición ha llegado."

¿No es simplemente espléndido saber que por nuestras oraciones podemos hacer descender lluvias de bendición sobre la India, o África, o China, con la misma facilidad con que podemos obtener las pocas gotas necesarias para nuestro propio pequeño terreno?

Muchos de nosotros recordaremos las cosas maravillosas que Dios hizo por Corea hace unos años, enteramente en respuesta a la oración. Unos pocos misioneros decidieron reunirse para orar diariamente al mediodía. Al final del mes, un hermano propuso que, "como no había sucedido nada", la reunión de oración debería suspenderse. "Oremos cada uno en casa según nos sea conveniente", dijo él. Los demás, sin embargo, protestaron que deberían más bien dedicar aún más tiempo a la oración cada día. Así que continuaron la reunión diaria de oración durante cuatro meses. Entonces, de repente, la bendición comenzó a ser derramada. Los servicios de la iglesia aquí y allá fueron interrumpidos por llantos y confesiones de pecados. Finalmente, un poderoso avivamiento estalló. En un lugar, durante un servicio del domingo por la noche, el hombre principal de la iglesia se puso de pie y confesó que había robado cien dólares al administrar el legado de una viuda. Inmediatamente la convicción de pecado barrió a la audiencia. Ese servicio no terminó hasta las 2 de la madrugada del lunes. El poder maravilloso de Dios se sintió como nunca antes. Y cuando la Iglesia fue purificada, muchos pecadores encontraron la salvación.

Multitudes acudieron a las iglesias por curiosidad. Algunos vinieron a burlarse, pero el temor se apoderó de ellos, y se quedaron a orar. Entre los "curiosos" estaba un jefe bandolero, el líder de una banda de ladrones. Fue convencido y convertido. Fue directamente al magistrado y se entregó. "No tienes acusador", dijo el asombrado oficial, "¡sin embargo te acusas a ti mismo! No tenemos ley en Corea para tu caso." Así que lo despidió.

Uno de los misioneros declaró: *"Valió la pena haber pasado varios meses en oración, porque cuando Dios dio el Espíritu Santo, logró más en medio día de lo que todos los misioneros juntos podrían haber logrado en medio año."* En menos de dos meses, más de 2,000 paganos fueron convertidos. El celo ardiente de esos conversos se ha convertido en un proverbio. Algunos de ellos dieron todo

lo que tenían para construir una iglesia, y lloraron porque no podían dar más. Huelga decir que se dieron cuenta del poder de la oración. Esos conversos fueron ellos mismos bautizados con el "*Espíritu de súplica*". En una iglesia se anunció que se celebraría una reunión diaria de oración a las 4:30 cada mañana. El mismísimo primer día, 400 personas llegaron mucho antes de la hora señalada — ¡ansiosas por orar! El número aumentó rápidamente a 600 a medida que pasaban los días. En Seúl, 1,100 es la asistencia promedio a la reunión semanal de oración.

Los paganos vinieron — a ver qué estaba sucediendo. Exclamaron asombrados: "*El Dios vivo está entre ustedes.*" Esos pobres paganos vieron lo que muchos cristianos no logran ver. ¿No dijo Cristo: «Donde dos o tres están congregados en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos»? (Mateo 18:20). Lo que es posible en Corea es posible aquí. Dios no hace "acepción" de naciones. Él anhela bendecirnos, anhela derramar Su Espíritu sobre nosotros.

Ahora bien, si nosotros — aquí en este llamado país cristiano — realmente creyéramos en la oración, es decir, en las propias promesas llenas de gracia de nuestro Señor, ¿evitaríamos las reuniones de oración? Si tuviéramos alguna preocupación genuina por la condición perdida de miles en nuestra propia tierra y de decenas de miles en tierras paganas, ¿retendríamos nuestras oraciones? Seguramente no pensamos, o deberíamos orar más. «Pídeme — y te daré», dice un Dios todopoderoso y todo amor, ¡y apenas prestamos atención a Sus palabras!

Verdaderamente, los conversos del paganismo nos avergüenzan. En mis viajes llegué a Rawal Pindi, en el noroeste de la India. ¿Qué creen que sucedió allí? Algunas de las niñas de Pandita Ramabai fueron allí a acampar. Pero un poco antes de esto, Pandita Ramabai había dicho a sus niñas: "Si hay alguna bendición en la India, podemos tenerla. Pidamos a Dios que nos diga qué debemos hacer para tener la bendición."

Mientras leía su Biblia, se detuvo en el versículo: «Esperad la promesa del Padre... recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hechos 1:4-8). "¡'Esperar'! ¡Pero si nunca hemos hecho esto!", exclamó. "Hemos

orado, pero nunca hemos esperado una bendición mayor hoy de la que tuvimos ayer!" ¡Oh, cómo oraron! Una reunión de oración duró seis horas. ¡Y qué bendición tan maravillosa derramó Dios en respuesta a sus oraciones!

Mientras algunas de estas niñas estaban en Rawal Pindi, una misionera, mirando desde su tienda hacia la medianoche, se sorprendió al ver una luz encendida en una de las tiendas de las niñas — algo completamente contrario a las reglas. Fue a reconvenir, pero encontró a la más joven de aquellas diez niñas — una niña de quince años — arrodillada en el rincón más lejano de la tienda, sosteniendo una pequeña vela de sebo en una mano y una lista de nombres para intercesión en la otra. Tenía 500 nombres en su lista — 500 de las 1,500 niñas en la escuela de Pandita Ramabai. Hora tras hora los estaba nombrando delante de Dios. No es de extrañar que la bendición de Dios cayera dondequiera que esas niñas iban, y sobre quienquiera que esas niñas oraran.

El pastor Ding Li Mei, de China, tiene los nombres de 1,100 estudiantes en su lista de oración. Muchos cientos han sido ganados para Cristo a través de sus oraciones. Y tan decididos son sus conversos que muchas decenas de ellos han entrado en el ministerio cristiano.

Sería fácil añadir a estas asombrosas e inspiradoras historias de bendición a través de la oración. Pero no hay necesidad de hacerlo. Sé que Dios quiere que yo ore. Sé que Dios quiere que usted ore.

"Si hay alguna bendición en Inglaterra, podemos tenerla." No, más aún — si hay alguna bendición en Cristo, podemos tenerla. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Efesios 1:3). El gran almacén de Dios está lleno de bendiciones. Solo la oración puede abrir ese almacén. La oración es la llave, y la fe tanto gira la llave como abre la puerta, y reclama la bendición. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. Y verle a Él es orar correctamente.

¡Escuchen! Hemos llegado — usted y yo — una vez más a la encrucijada. Todo nuestro fracaso pasado, toda nuestra ineficiencia e insuficiencia pasadas, toda

nuestra infructuosidad pasada en el servicio, puede ser desterrada ahora, de una vez por todas, si solo le damos a la oración su lugar apropiado. Hágalo hoy. No espere un momento más conveniente.

Todo lo que vale la pena tener depende de la decisión que tomemos. ¡Verdaderamente Dios es un Dios maravilloso! Y una de las cosas más maravillosas acerca de Él es que pone todo lo Suyo a disposición de la oración de fe. La oración creyente de un corazón totalmente purificado nunca falla. Dios nos ha dado Su palabra para ello. Sin embargo, inmensamente más maravilloso es el hecho asombroso de que los hombres y mujeres cristianos o no creen la palabra de Dios, o no logran ponerla a prueba.

Cuando Cristo es *"todo en todos"* — cuando Él es Salvador y Señor y Rey de todo nuestro ser, entonces es realmente Él quien ora nuestras oraciones. Podemos entonces alterar con verdad una palabra de un versículo bien conocido y decir que el Señor Jesús vive siempre para interceder en nosotros. ¡Oh, que hiciéramos que el Señor Jesús se "maravillara" no de nuestra incredulidad sino de nuestra fe! Cuando nuestro Señor vuelva a "maravillarse" y diga de nosotros: «De cierto... ni aun en Israel he hallado tanta fe» (Mateo 8:10), entonces en verdad la "parálisis" — la parálisis — será transformada en poder.

¿No ha venido nuestro Señor a echar *"fuego"* sobre nosotros? ¿Estamos *"ya encendidos"*? ¿No puede Él usarnos tanto como usó a aquellas simples niñas de Khedgaon? Dios no hace acepción de personas. Si podemos decir humilde y verdaderamente: «Para mí el vivir es Cristo» (Filipenses 1:21), ¿no manifestará Él su poderoso poder en nosotros?

Algunos de nosotros hemos estado leyendo acerca de Praying Hyde. Verdaderamente, su intercesión cambió las cosas. Los hombres nos dicen que se estremecieron cuando John Hyde oró. Fueron conmovidos hasta lo más profundo de su ser cuando él simplemente suplicaba el nombre "¡Jesús! — ¡Jesús! — ¡Jesús!" y un bautismo de amor y poder venía sobre ellos.

Pero no fue John Hyde, fue el Espíritu Santo de Dios a quien un hombre consagrado, lleno de ese Espíritu, hizo descender sobre todos los que le rodeaban.

¿No podemos todos llegar a ser "Hydes de oración"? ¿Dicen ustedes "¡No! ¡Él tenía un don especial de oración"? Muy bien — ¿cómo lo obtuvo? Él fue una vez simplemente un hombre cristiano ordinario — igual que cualquiera de nosotros.

¿Han notado que, humanamente hablando, debía su vida de oración a las oraciones del amigo de su padre? Ahora capten este punto. Es de suma importancia, y uno que puede afectar profundamente toda su vida. Quizás se me permita contar la historia completa, porque mucho depende de ello. ¿Citaremos al mismo John Hyde? Él estaba a bordo de un barco con rumbo a la India, adonde iba como misionero. Él dice: "Mi padre tenía un amigo que deseaba grandemente ser misionero en el extranjero, pero no se le permitió ir. Este amigo me escribió una carta dirigida al cuidado del barco. La recibí unas horas después de salir del puerto de Nueva York. Las palabras no eran muchas, pero el propósito de ellas era este: 'No cesaré de orar por ti, querido John, hasta que seas lleno del Espíritu Santo.' Cuando hube leído la carta, la arrugué con ira y la tiré a la cubierta. ¿Pensaba este amigo que yo no había recibido el bautismo del Espíritu, o que pensaría ir a la India sin este equipo? Estaba enojado. Pero poco a poco el mejor juicio prevaleció, y recogí la carta y la leí de nuevo. Posiblemente sí necesitaba algo que aún no había recibido. Caminé de un lado a otro por la cubierta, una batalla haciendo estragos dentro de mí. Me sentía incómodo: amaba al escritor; conocía la vida santa que vivía, y en lo profundo de mi corazón había una convicción de que él tenía razón, y de que yo no era apto para ser misionero... Esto continuó durante dos o tres días, hasta que me sentí perfectamente miserable... Finalmente, en una especie de desesperación, le pedí al Señor que me llenara con el Espíritu Santo; y en el momento en que hice esto... comencé a verme a mí mismo, y qué ambición tan egoísta tenía."

Pero aún no había recibido la bendición que buscaba. Desembarcó en la India y fue con un compañero misionero a un servicio al aire libre. «El misionero habló», dijo John Hyde, «y me dijeron que estaba hablando acerca de Jesucristo como el verdadero Salvador del pecado. Cuando terminó su discurso, un hombre de aspecto respetable, que hablaba buen inglés, preguntó al misionero si él mismo había sido salvo de esa manera. La pregunta llegó a lo más profundo de

mi corazón; porque si me la hubieran hecho a mí, habría tenido que confesar que Cristo no me había salvado completamente, porque sabía que había un pecado en mi vida que no había sido quitado. Me di cuenta de qué deshonra sería para el nombre de Cristo tener que confesar que estaba predicando a un Cristo que no me había librado del pecado, aunque proclamaba a otros que Él era un Salvador perfecto. Volví a mi habitación y me encerré, y le dije al Señor que debía ser una de dos cosas: o Él debía darme la victoria sobre todos mis pecados, y especialmente sobre el pecado que tan fácilmente me asediaba, o debía regresar a América y buscar allí algún otro trabajo. Dije que no podía levantarme a predicar el Evangelio hasta que pudiera testificar de su poder en mi propia vida. Me di cuenta de cuán razonable era esto, y el Señor me aseguró que Él podía y quería librarme de todo pecado. Él me libró, y no he tenido ni una duda de esto desde entonces».

Fue entonces, y solo entonces, que John Hyde se convirtió en Praying Hyde. Y es solo mediante una entrega tan completa y una reclamación tan definida de ser librados del poder del pecado en nuestras vidas que usted y yo podemos ser hombres de oración prevalente. Sin embargo, el punto que deseamos enfatizar es el que ya se ha mencionado. Un hombre relativamente desconocido ora por John Hyde, que entonces era desconocido para el mundo, y mediante sus oraciones hace descender tal bendición sobre él que ahora todos lo conocen como «Praying Hyde». ¿Dijo usted en su corazón, querido lector, hace un momento, que no podía esperar ser un Praying Hyde? Por supuesto, no todos podemos dar tanto tiempo a la oración. Por razones físicas u otras, podemos ser impedidos de orar por largos períodos. Pero todos podemos tener su espíritu de oración. ¿Y no podemos todos hacer por otros lo que el amigo anónimo hizo por John Hyde?

¿No podemos hacer descender la bendición sobre otros — sobre su vicario o pastor? ¿Sobre su amigo? ¿Sobre su familia? ¡Qué ministerio es el nuestro, si tan solo entramos en él! Pero para hacerlo, debemos hacer la entrega completa que John Hyde hizo. ¿Lo hemos hecho? El fracaso en la oración se debe a una falta en el corazón. Solo los «limpios de corazón» pueden ver a Dios. Y solo aquellos que

«invocan al Señor con un corazón puro» (2 Tim. 2:22) pueden reclamar con confianza respuestas a sus oraciones.

¡Qué avivamiento estallaría, qué bendición tan poderosa descendería si tan solo todos los que leyeran estas palabras reclamaran la plenitud del Espíritu Santo ahora!

¿No ve usted por qué Dios quiere que oremos? ¿Ve ahora por qué todo lo que vale la pena tener depende de la oración? Hay varias razones, pero una se destaca muy clara y vívidamente ante nosotros después de leer este capítulo. Es precisamente esta: si pedimos y Dios no da, entonces la falta es nuestra. Cada oración no respondida es un llamado de trompeta a escudriñar el corazón para ver qué está mal allí; porque la promesa es inconfundible en su claridad: «Si pedís cualquier cosa en Mi nombre, Yo lo haré» (Juan 14:14).

¡Verdaderamente, el que ora pone a prueba, no a Dios, sino su propia vida espiritual!

Déjame acercarme más a Ti, Jesús,

Oh, más cerca cada día;

Déjame apoyarme más fuerte en Ti, Jesús,

Sí, más fuerte todo el camino.